

AMERICA Y LA NUEVA ARQUITECTURA

EL enunciado de este tema equivale al planteo del dilema nuestro en el concierto de las ideas y de las inquietudes que hoy buscan abiertamente el derrotero de las más flamantes conquistas actualistas.

Problema urgente según el triunfo científico y positivo de la técnica imperante, y substancial en el fascinante escenario de las imágenes del arte.

Realidad inexorable volando en busca de un destino renovador que corresponde a las exigencias vitales del nuevo humanismo que parece surgir frente a la crisis de la cultura renacentista.

Proceso social y económico añadamos, tanto más grave, por cuanto confunde a las partes en una vorágine que compromete los sedimentos de su función espiritual. No es que nos alarme el que ella se pliegue debidamente a cumplir con un programa práctico a servicio de un cierto bienestar a favor de un mayor número de individuos. Todo lo contrario, pues en ello radica acaso lo más hermoso o profundo de la nueva inspiración, y de seguro, el secreto de las grandes concepciones del urbanismo moderno de nuestras ciudades como exponentes de una mayor y posible felicidad colectiva. Pero, a nuestro ver, el planteo del problema y el éxito de esta renovada revolución de las formas, está llegando al momento cumbre, o sea al más crítico, del que derivan las verdaderas soluciones que corresponden a un ciclo cultural.

En efecto, nos referimos a ese divorcio inexorable y sectario que se desea imponer, como una valla insalvable, entre el ayer y el hoy, haciendo nacer, en nuestro ciclo milagroso, una arquitectura hecha toda de presente. Es decir, que es indispensable, el pasar la esponja del olvido sobre todo lo que

hemos conquistado, en materia constructiva, desde los orígenes de la humanidad hasta nuestros días.

He aquí el dilema que deseamos destacar ante la pública reflexión. En cuanto a nosotros ello nos viene preocupando de tiempo atrás particularmente en lo que a nuestra América se refiere.

Pues si en el occidente europeo comienzan ya a perfilarse los signos de cierto nacionalismo estético de índole superior e histórica, como deseando enriquecer espiritualmente la noble materia constructiva y su flamante tecnología, cómo no auspiciar en nuestro continente el sentido formal de esa misión plástica e ideológica.

Después de la Gran Guerra se dió por abolido, en el viejo mundo; aquel concepto un tanto hermético sobre las gravitaciones racialistas como resultantes biológicas en el orden de la acción cultural de determinados países

Pero, de un tiempo a esta parte, viénesse en cambio notando un acendrado despertar a favor de los predomios o prestigios de las corrientes tutelares de las civilizaciones madres: Latinismo o Germanismo, por ejemplo. Culto del Mediterráneo o retorno al occidentalismo nórdico, según otros. Esto constituyó el dinámico secreto de los debates del último Congreso del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, al punto que hubo quien exclamara que: «No se puede pensar en la posibilidad de poseer una cultura considerada como resultante de las culturas individuales, sino sólo como síntesis y armonización de las culturas nacionales»...

A nosotros corresponde, pues, por nuestro fecundo nativismo y robusta adolescencia, el madurar esa esencia legítima de nuevo mundo en cuyo imponente escenario autóctono las

culturas indianas fueron fecundadas por la conquista occidental europea. «No se improvisa una cultura; cuando el caudal está muerto, los artificios no darán nunca el agua cristalina que mana junto a la roca milenaria».

Gregorio Marañón nos recuerda que los hombres haciendo las cosas, se deshacen ellos. Y sobre las ruinas de cada civilización se alza, desde que existe el mundo, la sombra frágil del anciano; depósito de la tradición, que edifica la ciudad futura.

Matriz de la belleza jerárquica que ha de permitirnos el atar los cabos entre el pasado y el porvenir.

Consideramos, por consiguiente, que es indispensable el meditar, con cierta urgencia y serenidad sobre este pleito ideológico, y esto, dentro del fenómeno que se discierne a través de los grandes procesos históricos, a fin de cuentas, laboratorios de experiencia donde mejor se analizan y perciben los secretos medulares de los procesos vitales.

Ortega y Gasset nos ha dicho también que «mal se justifica el esfuerzo que la labor historiográfica consume si no nos lleva la historia a transformar todo lo pretérito del hombre en un inmenso y virtual presente, dilatando así gigantescamente el nuestro efectivo». «La historia es una guerra ilustre contra la muerte».

De modo que pensamos, conforme a la moderna filosofía, que para salir de la crisis y hallar, en materia estética una nueva orientación que decida de nuestra postura, es menester volver la vista hacia las tribulaciones de otras épocas que tuvieron que abandonar una posición decadente y agotada frente a los embates de nuevas y legítimas aspiraciones.

Baste para ello el evocar el tránsito de la Edad Media al mundo humanístico del Renacimiento.

La historia, en este caso la del arte, tiene, pues, que dejar de ser una cosa inerte para

transformarse en un instrumento de creación. El problema consiste, por tanto, en realizar por un lado un balance de cuanto es indispensable conservar de un pasado encargado de vincular todo ciclo vital al concepto de interpretación del universo. Y, por la otra, el cristalizar las conquistas técnicas de nuestro siglo dentro de soluciones capaces de satisfacer las exigencias económicas de un nuevo programa social.

Vale decir que el estudio del pasado permite ordenar y fortificar las ideas. Por el análisis vivo de las fuentes originales, saboreamos la emoción estética, de tal suerte que el deleite pasivo se convierte en actividad creadora. Subrayemos además, ante la suspicacia de los incrédulos, que no es acaso el detalle anodino y minucioso o el aspecto material y exterior de una composición lo que puede articular la supervivencia de su fuerza medular. Pero sí, en cambio, nos la puede procurar su contenido estético cabal, no sólo a título de mero ensueño ideológico, sino en función de un nuevo orden orgánico que se ajuste al espíritu y a la técnica de la época.

Y si bien al agotamiento evolutivo sucede siempre un instinto revolucionario, fuerza es también el reconocer, que estas reacciones violentas a favor de una voluntad emancipadora, se retrotraen no obstante, a determinados valores fundamentales o inmanentes, o sea, los que nunca pueden ser abolidos por constituir la esencia misma de los problemas originales.

Si examinamos el panorama, veremos siempre, frente a frente, dos fuerzas substanciales, por ejemplo: Clasicismo y Barroquismo; Racionalismo y Misticismo; y ahora, según nosotros: Romanticismo y Maquinismo. He ahí los fermentos que detienen la imaginación tectónica del hombre según dominen las perspectivas de equilibrio entre lo material y lo inmaterial.

Así en el presente siglo bajo la tensión y

la angustia económica de una frenética tiranía positivista, llegan los más a convencerse de que sólo existen y tienen derecho a prevalecer las dimensiones de carácter real o tangible. Una puerta, por ejemplo, sólo puede tener un poco más de la medida física del hombre. Vale decir, un par de metros. Conviengamos, sin embargo, que hay seres que gustan y necesitan de una tabla de valores más elástica o dilatada que permita el juego y justo equilibrio de su exacta proporción humana,

Con todo, en el estado actual, las nuevas condiciones, reclaman un vuelco trascendental. Se trata ahora del societismo de los pueblos industrializados que buscan la solución económica en la standarización de las viviendas, en la interpretación técnica y funcional de los nuevos enunciados y en la organización de las grandes urbes. Ansiedad que resulta ser favorecida, según dejamos apuntado, por el triunfo técnico y mecánico de la época. Pero, ¿en qué medida podemos alejarnos de las formas consagradas para responder a las nuevas condiciones observando, no obstante, los principios establecidos por la verdad y la belleza? ¿Hasta que punto se pueden perseguir todos los saltos de la ciencia y de la economía política? Punto este que reaviva el problema de lucha entre los elementos mecánicos y el antiguo orden, según el cual prevalece el genio creador, como una afirmación paciente y tenaz que a la larga debe de llegar a imponerse.

El rendirse automáticamente a lo mecánico, implica el dejar de creer en la propia competencia y en la conciencia individual.

Un exceso de facilidad en el existir automático destruye el penoso esfuerzo del auto-desarrollo creador que ha sido el germen de toda conquista verdadera, ya en el orden intelectual como social.

Es decir que ante el principio geométrico

de la máquina y de la razón pura está siempre la expansión sentimental. Añadamos que sólo la vanidad de un siglo ahito de juventud física, puede de momento dar por canceladas las fuerzas constructivas de los gérmenes raciales. Postura tanto más grave en un continente cuya exacta gravitación o razón histórica está aún por develar.

Esto equivale a poner en tela de juicio la función continental de América. En síntesis, habría que hacer revivir el espíritu mágico del pasado en la dicha forma mecánica y social del siglo.

En una y otra parte de nuestra América prevalece ese sentimiento de una cultura autóctona a que aludiéramos en un principio y que en los tiempos precolombinos determinó el arte de los pueblos devotos al culto de lo superhumano, identificando la belleza con la fuerza. Esto lo revelan las pirámides del Yucatán y de la costa del Pacífico. Y a nuestro ver este afán, esta angustia desmedida, cósmica en lo material, es la que en nuestros modernos días se denuncia en los rascacielos de Nueva York. Esta es la dimensión tectónica de nuestro continente.

Luego en el mar de las Antillas se vuelca la cultura del Mediterráneo, decantada en Iberia, de donde parten las caravanas portadoras del nuevo mensaje, y este mensaje fué ya el presentimiento de una nueva fecundación.

De esta suerte, a través del inmenso continente, espaldeadas en los arcaísmos indígenas, surgen las urbes virreinales, dibujando la sobria belleza de la cultura «ibero-andina» como el resorte medular de una nueva arquitectura.

Véase si no ese otro ejemplo no menos elocuente, cual es el del llamado estilo californiano, que no es otra cosa que andalucismo americanizado en Méjico, o escueto barroquismo misionero el que con

singular energía ha conseguido infiltrar su savia en los más modernos ensayos norteamericanos, para luego enriquecer al maquinismo de los maestros de vanguardia europeos.

Esto también pensamos con respecto a la interesantísima arquitectura popular del sur de nuestro continente, capaz a nuestro juicio, por su pristinidad, fuerza y simplicismo, de fecundar las frías estructuras importadas, poniendo ese acento de carácter, de verdad y de belleza, que invocáramos poco antes, como elemento esencial de todo proceso esencialmente artístico.

Esta voluntad ya se percibe claramente en las corrientes europeas más formales. Francia, Alemania e Italia ponen su acento inconfundible en sus más flamantes creaciones. Bien hubiera hecho por su parte Rusia en salvar su pletórica savia popular en el orden de los programas y en la técnica del arte proletario. Aquí también en Sudamérica se acusan otras dos grandes dimensiones estéticas, la gigantesca vertical de los Andes y la vastedad soñadora de la planicie pampeana, a través de la cual brotan ya muchas flores, silvestres si se quiere, pero fieles reflejos del alma nativa.

Rosario de prístinas y enérgicas creaciones que jalonan el escenario de América, de un extremo a otro de esa gran columna vertebral de nuestro continente que es la región andina, para luego volcarse en rústica romeña hasta las orillas del Plata.

Esta es la medida de nuestro romanticismo gaucho, ajeno a todo enfatismo «lírico-declamatorio», a la moda siglo XVIII, que degeneró en aquel huero reflejo de un exacerbado formalismo académico. En las artes

y en las letras, esto se tradujo en degenerados e inútiles oropeles ornamentales que destruyeron el sentido de las estructuras formales.

De ahí que las jóvenes generaciones, ante la realidad de las actuales condiciones del siglo, reaccionen violentamente a favor de una completa higienización de las verdaderas formas de expresión. Actitud que aplaudimos de todo corazón. Pero advertámosles al mismo tiempo que una vez operada la dicha depuración y a veces, por desgracia, en detrimento de los valores emocionales más indispensables, hemos de comenzar a experimentar ante la estricta rigidez de la desnuda materialidad constructiva, la urgente necesidad de requerir un algo de esencia idealista que fué siempre el resorte de todo conceptismo integral capaz de presidir los destinos y la voluntad de un ciclo cultural.

De suerte que pregonamos que: Naturaleza, historia y arquitectura han de constituir el objetivo de un solo prisma estructural.

A nosotros corresponde, pues, por nuestra robusta adolescencia y por nuestra inexorable función de nuevo mundo, el conceder a los pueblos contemporáneos y a las generaciones venideras ese caudal, esa enjundia legítima, pletórica de vitalidad optimista, con que fueron fecundadas las culturas indianas en el ocaso de su histórico proceso. Esta esencia espiritual pertenece por legítimo derecho a la América hispánica y hemos de utilizarla como resorte de nuestra acción novadora, creadora de un orden nuevo dentro de los problemas que agitan a las sociedades de nuestro siglo.

Martín Noel.



Casa en el Parque Forestal de Santiago,
obra del arquitecto argentino Martín Noel

(Foto Quintana)